

## DE TURISMO NO SE MUERE\*

### GIANNI TOTI

(TRADUCCIÓN DE ANDER GONDRA)



También vosotros los habréis visto, en el cine. Se ve todos los años, ahora ya forma parte de la mitología estival. Por lo menos, nada más volver de España, lo primero que he visto en un documental de actualidad ha sido precisamente el “toro-toro” de Pamplona, como lo había visto todos los años, pero ahora distinto a como lo había visto todos los años. Porque esta vez podía confrontar las imágenes reales almacenadas en mis ojos y las imágenes cinematográficas almacenadas en las cintas de celuloide, y *desmitologizar*, o desmitificar o desmistificar, como queráis, la “fiesta brava” del encierro pamplonés, de la clausura de los toros para las corridas, del corral en la plaza de toros: demasiadas veces hemos participado visualmente y emotivamente en la “carrera barbará” de los toros de Pamplona (si escribo “barbará”, lo escribo a la española, por supuesto, y los españoles llaman “barbará” a su propia fiesta con un singular orgullo y un sentido bien distinto del nuestro, por lo tanto el adjetivo será repetido sin moralismos despectivos), sufriendo durante algunos minutos televisivos o cinematográficos aquel triunfo de los hematomas que vuelan sobre los cuernos de los “toros de muerte, culones y duros como los que pintó Goya” (así hablan los habitantes de Pamplona); y siempre hemos creído lo alocado y mortal que era la carga de los cornúpedos encima de los jóvenes de Navarra con sus ganas de proezas medievales, cuando a la carrera pasan rápidos testimonios de virilidad fugaz. Y demasiado tolerante ya, demasiado voluntariamente disponible, la exaltación turística de las mitologías festivas como para no ser tentados a decir la verdad, de una vez por todas, la verdad sobre la “fiesta”.

- Ay! La inconsciencia de Hemingway!

**Hemingway es presentado como un vagabundo ignorante.**

Ángel María Pascual, naturalmente, es el inconsciente, el verdadero

\* Artículo publicado originalmente en el n.33 de la revista Vie Nuove, del 15 de Agosto del año 1963.

inconsciente. Pero no se da cuenta y cada año repite la interjección blasfema, la pública, la re-pública, en libros y reportajes, folletos y lujosas recopilaciones de fotografías llenas de amontonamientos humano-animalescos. Como Rafael García Serrano, escritor oficial del régimen en temas de cuernos y fiestas, también Ángel María no deja pasar ocasión alguna para tomarla con Hemingway y en general con todos los escritores e intelectuales que “no entendieron” Pamplona y sus fiestas de San Fermín. Sin embargo Hemingway, es en cierto modo responsable, al menos para muchos de nosotros, del mito que ha crecido en torno a los “Sanfermines”, a los días de San Fermín. Sólo que su mito era distinto, era un mito humanístico que no tenía nada que ver con la función de desfogue popular y de especulación turística que ha terminado por asumir hoy día. Y es por esto, que los escritos *funcionarizados* del régimen cuentan todos los años, con engreída suficiencia, que “un turista de aquellos que venían en torno a 1925 en los autobuses azules de Biarritz, se decidió a fijar sus impresiones en un libro voluminoso, escrito en las mesitas del café en medio del hedor de la benzina de los autobuses que llegaban de los pueblos, en una ciudad ya difuminada en la historia. Ciertamente, Hemingway tiene mucho prestigio en la literatura americana, pero conseguirlo debe de ser allí muy fácil, porque Fiesta exhala una idiotez inimaginable...”

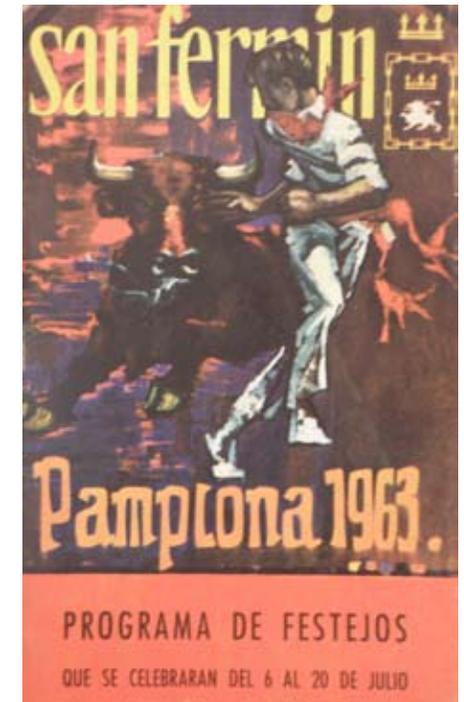
Ángel María Pascual no es solamente inconsciente, obviamente, sino que su prosa es igualmente interesante como documento. Escrito en el 1946, este texto suyo se vuelve a publicar todos los años en los periódicos falangistas o “tradicionalistas”: “Sus personajes están tomados de aquella sociedad rica, cosmopolita, escéptica y errante que trajo consigo la “prosperidad” de la anterior postguerra, entre el primer jazz, los ritmos de Picasso y de la judería alemana, y los viajes a “for-fait” de la “Cook...”. Todavía hoy, a diecisiete años de distancia, el antisemitismo se mezcla con el rencor político y literario, y Hemingway es presentado en España a los turistas de todo el mundo como un ignorante de las cosas españolas y taurinas, porque ha visto en *Mendigorría* colinas de color marrón cuando se trata de montañas negras, porque ha visto con distancia e ironía la “fiesta”, y sobre todo porque ha combatido contra

Franco y ha amado otra España, una España distinta...”

### La leyenda de los Sanfermines sobre el vacío espiritual de España

Con todo, los Sanfermines de 1925 eran algo más serio que los de 1963. El primer día del encierro, de la clausura de los toros en la plaza, durante la carrera desenfadada, envistieron, cornearon y falleció Vicente Girones de Tafalla, y al día siguiente se celebró su funeral, trágico y grotesco. “Tambores velados de negro y pífanos melancólicos atraviesan la ciudad, y tras el féretro la viuda, los hijos y la *Sociedad de baile y bebida* de Tafalla, Tudela, Estella y Sangüesa. En la estación del Norte el ataúd es cargado en un vagón y la familia del encornado en un *vagoncete de tercera*: el tren parte hacia Tudela lúgubrememente. Hemingway se retiró a dormir y nosotros nos quedamos santiguándonos...”

El tiempo pasa, pero el rencor falangista perdura. Y sobre el rencor y el vacío espiritual de la sociedad española actual crece la falsa leyenda de los sanfermines. La otra tarde, en el cine romano, el reportaje sobre el encierro con los jovencitos pamploneses a la carrera y las cornadas en los riñones ha durado casi 4 minutos. Las cámaras, colocadas en decenas de puntos estratégicos, multiplicaban el tiempo, lo dilataban reproduciéndolo. Y yo mismo tenía la sensación de que la carrera de los toros hacia la oscura antecámara de su muerte se repetía a cámara lenta. Pero la memoria había registrado bien los



hechos, y no tenía más que *re-proyectarme* la película mnemónica para *re-ver* el encierro, revivirlo...

Había necesitado dos días para conseguir un billete para la plaza de toros, para la inauguración de la semana de corridas y encierros. Y me había levantado a las cinco y media de la mañana para estar en la barrera sobre las seis y media y atender a la epifanía taurina, el primer acto del drama: el hombre corriendo delante de la fiera, de la naturaleza feroz, y que ofreciendo incluso su espalda a los cuernos, guía a la bestia hasta el terreno del combate, donde la inteligencia, el coraje y la belleza vencerán a la fuerza bruta y se celebrará el rito humano, con gracia, estilo y elegancia...

Y ahora el primer “mozo”, el primer muchacho en camisa y pantalones blancos, sandalias de cuerda, faja roja a la cintura y pañoleta escarlata al cuello, entra ligero en la plaza y saluda a veinte mil aficionados enloquecidos. En el corazón de la plaza, queda plantado como un clavo rojo, en la neurosis colectiva, y yo veo asomarse desde el estrecho callejón los cuernos afilados de los toros, me parece verlos escabullirse a cada instante, precipitarse contra el pamplonica desdeñoso y seguro. ¡Qué va! Pasa un minuto, pasan dos, tres minutos, cuatro, cinco, y una banda de jóvenes excitados flota dentro del ruedo, lo invade con frenéticas oleadas humanas. Después, del estrecho callejón se asoman los toros mansos, color café, los capitanes del equipo de toros de muerte, los mansos, toros dóciles que guían los *morituri* hacia la antecámara de la ceremonia mortal de la tarde. Un instante, se abre de par en par un túnel oscuro, y toros color café y negros se precipitan sin dudar, como deslizándose a través de un largo e invisible pasillo. Los mozos corren a derecha e izquierda, chocan, caen, se amontonan, en la histeria general...

Pero los toros ya han sido *encerrados*, ya están cerrados a la espera de la muerte por la tarde. En los corrales, los están pesando de nuevo.

## Después llegan las vacas con bolas de trapo sobre los cuernos

“Hoy, lunes, se despachará la carne de la primera corrida de la Feria en los siguientes locales:

Aniceto Oloriz, Calle Javier, número 6, teléfono 24576

María Camino Izco, Mercado de Santo Domingo, número 14, ecc.

*Aviso importante:* la carne de las corridas de toros se venderá solo y exclusivamente en las carnicerías que figuran en este listado y en sus locales deberá figurar un cartelito que anuncie la venta de carne de toros de lidia (toros de combate)”,

Los periódicos llevan en grandes recuadros y en negrita el anuncio de que mañana se comerán en Pamplona criadillas de toro a precio especial, y se deberá hacer fila en el Mercado de Santo Domingo: las criadillas, los testículos de toro, son un plato especial, una golosina de las fiestas...

Un relámpago negro y marrón; diez pares de cuernos arqueados desaparecen en el recinto bajo el graderío, y yo espero todavía las escenas que he visto en el cine, en las fotografías, las montañas móviles y plásticas de toros sobre montones de pamploneses.

Pregunto a mis vecinos si ha terminado ya todo, y me miran estupefactos, despertando lentamente del sueño neurótico colectivo:

-¿No le ha gustado?— y la pregunta es retórica, exige un convencido “sí” para no infringir una irreparable ofensa.

Pero el extranjero se queda ahí, a contemplar lo increíble: la Plaza de Toros se vuelve a llenar de “vaquillas emboladas”, de vaquitas con los cuernos afilados y remendados; después, todos toreros, la gente enloquece e invade el ruedo, sumerge a los animales asustados que desaparecen bajo las oleadas de



humanos. Las *peñas*, las bandas musicales, descienden el graderío con grandes pancartas decoradas con dibujos humorísticos y se unen al tumulto, a la corrida de las corridas, con los *chistus*, las guitarras, los acordeones, en las charangas, con los instrumentos más extraños, desde el trombón a las minúsculas zampoñas navarras.

Es el final del encierro. Todo jovencito pamplonés se ha transformado en torero, y torea ahora con la *vaquilla*, en su pequeña corrida privada, en la “bella confusión”; aferrándose a los cuernos neutralizados de la pobre bestia aterrorizada o tratando de agarrarla por el rabo.

A la mañana siguiente. Obstinadamente me levanto de nuevo a las cinco y media, y me situó en el balcón de la casa de un crítico taurino para verificar el encierro en la Calle de la Estafeta, fuera de la plaza. Quizás, en la Plaza de Toros he asistido solamente al acto final, al más confuso de los momentos

de la carrera, del trayecto de los toros, a la escena para turistas cómodos, al espectáculo para el cual se paga el billete. Quizás, desde la calle mencionada, el encierro será otra cosa. De este modo me aferro a la barandilla, con la máquina de fotos armada, conversando sobre el surgimiento de la corrida moderna.

-No, créeme, hoy la corrida está en crisis. Paso a izquierda, paso a derecha, manoletina de espada, naturales, verónicas, es todo igual, siempre. Como en misa...

Es mi interlocutor, un joven funcionario de una de las tantas *cajas de ahorros*.

-Ya no hay ningún torero con el temple de Manolete o Belmonte. Ningún innovador...

-¿Y el Cordobés? ¿Y Paco Camino?— pregunto, fingiendo una improvisada y provisoria competencia en el asunto, citando los nombres más populares, los últimos héroes jóvenes del ruedo.

-Sí, el Cordobés y Paquito. Buscan algo nuevo. A veces rozan el suicidio para inventar nuevas figuras, para torear de una manera distinta. Pero raramente. Torean todos los días de una punta a la otra de España, y están cansados, lógicamente, descansan cuando pueden. Ganan bien. Quieren salvar su pellejo. Pero están dentro, en el engranaje de los millones de pesetas, cinco o seis millones de liras por corrida, ¿entiendes? De vez en cuando lo hacen en serio. Deben hacerlo, de vez en cuando. Entonces se lanzan al toro, les torea en zig-zag, se dejan encornar brutalmente, intentando aspirar cada milímetro de espacio entre sus cuerpos y el del toro, casi intentando hipnotizar a la bestia, a la cual sin embargo en el corral se le han medio roto las piernas, o le han hecho inyecciones... un circo más o menos, una gran industria con algún momento de veracidad, rarísimos minutos de verdad.

(Y el otro día, en Tarazona, Jaime Ostos “vestido de negro y oro, que

le daba mala suerte: una cornada en la ingle atravesó el músculo sartorio, la arcada arterial y la vena iliaca externa. En peligro de muerte. Jaime dice que no es supersticioso, y continua vistiéndose con ese vestido dorado y negro. Y siempre el toro le descose la seda de la carne...”)

Bajo el balcón de la calle Estafeta pasean los policías. Lo turistas imploran por un puesto en la barrera, se encaraman y esconden tras los portales - ¡que los toros no suban por las escaleras... y se cuentan historias fantásticas de toros ascensores, de toros astutos y fantasiosos... no nos damos cuenta de nada, pero lentamente la tensión colectiva se recrea, los nervios se estiran, “los minutos caen en espirales” como dicen los versos de Jesús Guiellén Bella, y aceleran pequeños remolinos de adrenalina en sangre. Saborean soplos fugaces de espanto. Deliciosos, evidentemente. Desde un balcón cercano, un turista inglés flemático, como le impone su retórica nacional, pregunta a unos de los jóvenes de la calle:

-Me explica, jovenzuelo: ¿cuál es la razón que lo empuja a correr delante del toro, a arriesgarse a recibir una cornada?

-No lo sé. – la respuesta parece sincera, pero huele a literatura periodística recién leída.-Es un deber que no es un deber. *Ese ramalazo del peligro*, dice en un bello español.

-¿Una ilusión viril?– insiste el forastero.

-No lo sé, pero mire: a pocos metros de distancia, en los balcones, ciertamente una mujer seguirá mi carrera, sentirá mí personal aventura. Tendrá miedo, *pero sufrirá con alegría. Y yo trotaré con hambre de una mirada. Femeninos temblores, ¿sabe? Racimos de emoción...*

Pero el jovencito no correrá, son las siete menos cinco y se encuentra demasiado lejos de la muralla de jóvenes corredores que al fondo de la calle esperan el disparo de salida para la carrera. Y los policías lo echan a un lado,

lo sacan tras las barreras de madera a ambos lados de la calle.

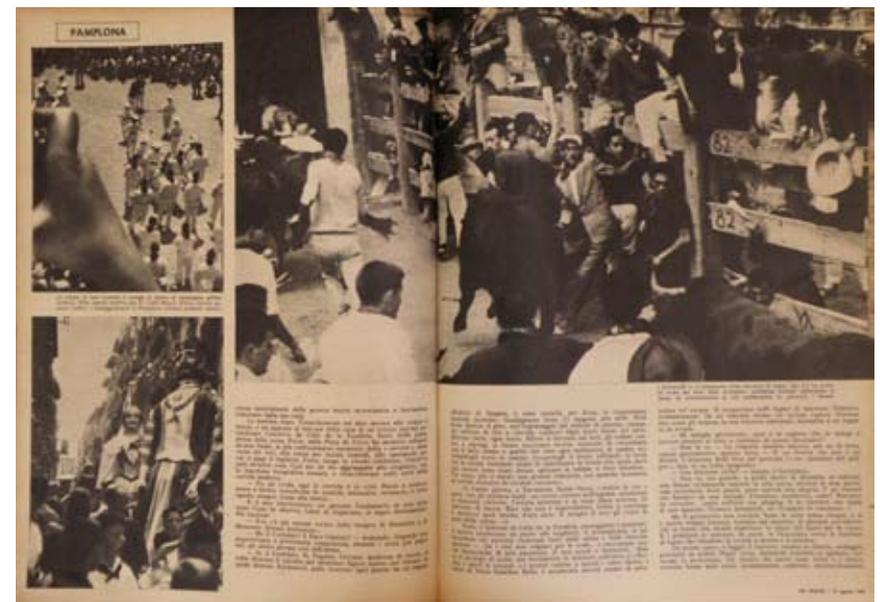
Un primer disparo y allá abajo la muralla humana se derrumba, ondeando se precipita hacia adelante. Las fajas rojas y las pañoletas escarlata se agitan, crecen, se acercan. Los elásticos de los nervios se tensan y los mozos corren a lo largo de esos nervios, tropezando, cayendo, amontonándose, mientras los balcones explotan entre gritos histéricos de excitación.

-Pero, ¿y los toros?

-¿Los toros? Todavía no han salido del *corralillo*.

Asombroso. Entonces, ¿he visto a los jóvenes pasar como una exhalación perseguidos por toros invisibles?

-¡Los cobardes!– silba a mi lado, en el balcón, un chavalillo de rostro pálido y



estirado.

¿Los cobardes? Ciertamente el joven que iba en cabeza, y que llegará el primero al ruedo, antes incluso de que los toros salgan del recinto, será aplaudido como un héroe de la *carrera*. Y siquiera habrá sentido el olor del toro a sus espaldas.

Pausa. Bajo los balcones pasean los jóvenes. De vez en cuando un escalofrío/ estremecimiento. Una falsa alarma. Y breves carreras. Con caídas colectivas, y cúmulos rituales, naturalmente. Pero los toros, nada...

## La muerte y la alegría se han dado cita

Un segundo disparo y el muro que se ha formado allá abajo aún oscila. Una nueva ola de jóvenes a la carrera.

*Por pentagramas de espanto*

*la alegría y la muerte se han dado cita: las siete...*

¡Ya estamos! Pero nunca estamos en realidad: bajo los ojos detrás del objetivo, una pequeña oleada parda galopa veloz y tranquila. Diez grupos marrones, negros o blanquinegros, fustigan el aire diez colas que manos juveniles agarran durante un instante, piernas alzadas arriba, atrás, abajo y en los ángulos cúmulos de miedo que se aglutinan y derriten, coágulos de cobardía y de coraje en las venas elásticas que se preparan para los infartos. Una acera, un balcón, una garganta de calle, después el último embudo y el amplio estómago de la *Plaza de Toros...* y se terminó. Se terminó en pocos segundos de confusa emoción, que se interroga si fue verdadera emoción o solamente confusión...

-¿Le ha gustado, señor?- Debía esperármela, la pregunta cortés e impaciente,

la exacción del consenso y del entusiasmo. Y la jefa de la casa, la mujer del crítico taurino del periódico falangista de la ciudad que cobra con feroz cortesía. ¿Qué contestar? ¿Es el momento de la verdad?

-No, señora. Estoy desilusionado.- y desciendo rápido las escalerillas oscuras, dejando una estupefacta indignación a mis espaldas.

Hago los cálculos, ahora, me informo. Del *corralillo de Santo Domingo* a la Plaza de Toros son ochocientos veinticinco metros urbanos. La media olímpica para los ochocientos metros es de un minuto, cuarenta y nueve segundos y dos decimas. El *record* español, en la misma distancia, es de un minuto cincuenta y dos segundos y cuatro decimas. La carrera de hoy ha durado un minuto y cuarenta y cinco segundos.

-Es normal – comentan los competidores ante una copa de vino *oloroso viejo* – un buen tiempo.

## Y hemos acordado todos no hablar de política

Copa, café y puro –dice un anciano sacando de una desgastada cartera un recorte de periódico.– Raramente dura un minuto y medio. Es demasiado veloz en cualquier caso. Quiere decir que hay toros velocistas en la torada (*el encierro*). El tiempo normal es de un minuto y tres cuartos, como hoy. Cuando dura dos minutos, significa que ha habido incidentes. Si dura tres minutos, los incidentes entonces han sido graves, o ha llovido y los toros y jóvenes se resbalan con el suelo empapado...

-¿Cuántos muertos ha habido hasta el momento?

-Una docena, en medio siglo...

-¿Y desde cuando se corre el encierro?

-Desde el 1686, pero entonces se corría a caballo...

Y se van a dar cuatro pasos atrás en la historia. Pero ninguno la conoce bien. Ninguno, ni siquiera el párroco que he conocido en la taberna del Mauleón (uno de los 339 párrocos vascos, firmantes del manifiesto antifranquista) conocía el periplo exacto del Santo Fermín.

Así pues, el encierro se hacía a caballo. Los aristócratas se pavoneaban delante de los toros y de las damas en los balcones floridas. Después el alférez de San Fermín fue colocado a la cabeza de la carrera. El estado comenzó a reglamentar el encierro. Más tarde desaparecieron los caballos y alféreces. Nadie sabe responder concluyentemente, pero de poco en poco la historia se reconstruye de ese modo. Hasta el 1890, o antes de ese momento, los toros venían a pie, ósea pateando, y consumían a paso de marcha la grasa acumulada en las ganaderías. Después el ganado comenzó a venir en camión o en ferrocarril, y los caballos y caballeros desaparecieron. Quedó la carrera de los 825 metros, democratizada...

*Y hemos acordado todos / no hablar de política*

*a fin de no envenenarnos / ni revolvernos las tripas*

*mientras duren por lo menos / las fiestas y sus delicias*

Una de las tantas canciones de Pamplona cierra con estos elocuentes límites la democratización de la fiesta. Y la explicación está casi toda en esta preocupación oficial. Que no es la del pueblo, sino del Estado, de la vieja sociedad española, del régimen. Desde 1953 comenzaron los *Festivales de España*. Y desde entonces, cada año, desde el 20 de Mayo al 20 de Septiembre, se celebran en 350 ciudades grandes fiestas, reafirmando la vieja consigna romana: *panem et circenses*. Durante cuatro meses al año, los ruedos españoles son como tantos coliseos romanos donde entre juegos de circo el pueblo se olvida de todo, incluso de Francisco Franco. Los cuernos de los toros hacen

olvidar los del *cabrón*, y el régimen gana tiempo...



## La hora de la verdad se avecina y el régimen franquista tiembla

Esta no es una interpretación *di parte*— que no se confundan los lectores. Me he traído el artículo de fondo del “Lunes”, publicado en el diario de la Asociación de Prensa de Pamplona el primer día de las fiestas. El titular es este: “Hoy importan más las fiestas de San Fermín que todos los embrollos internacionales”. Y el artículo comienza de este modo: “Al diablo los problemas políticos. Al diablo las cuestiones internacionales. Al diablo todas estas pequeñas cosas delante de nuestras fiestas...”. Y así sucesivamente, con alegre y astuta inconsciencia. Sólo en Pamplona las fiestas han costado varios

millones de pesetas, según dicen los periódicos. Y no hay ningún pueblito español que no tenga sus fiestas. El embotamiento colectivo a través de todas estas grandes neurosis nacionales resulta más bien cara, pero qué importa si en este casto bacanal atlético y vinoso el pueblo se olvida durante un tercio del año de que el fascismo está aún en pie?

Victor Hugo, Emile Verhaeren, Ernest Hemingway... Los Sanfermines han tenido una buena literatura a pesar de todo. Victor Hugo recordaba que “las libertades navarras son más antiguas que aquellas de la revolución francesa”. Verhaeven buscó y encontró la España negra, el momento oscuro del espíritu europeo. Hemingway celebró el sentimiento trágico de la vida que ha llevado a los españoles a sufrir noblemente el primer acto de la segunda guerra mundial.

Y la leyenda de Pamplona ha ido creciendo. Los “toros de seda y de muerte” galopan sobre todos los periódicos del mundo y diez millones de turistas bajan a España, desconcertando al viejo mundo de la España negra por la que al mismo tiempo son inquietados.

Los periódicos falangistas, los boletines parroquiales, los folletos lanzados al aire y los manifiestos en los muros, gritan a los pamplonicas, a los ciudadanos de Pamplona, una advertencia tras otra, incesantemente, implacablemente. El régimen no está tranquilo. La invasión de los turistas, de los forasteros, trae los dólares, francos, liras, pero también trae nuevas ideas, estímulos críticos, turbación e inquietudes, nuevas dimensiones de la existencia. La vieja España que celebra sus ritos de coraje y elegancia humana delante de las fuerzas oscuras de la naturaleza, delante del destino trágico de la muerte, consiguiendo con nada y alrededor de la nada tender hilos invisibles de emoción coral colectiva, logrando dilatar un minuto y medio de alegre loca carrera en un tiempo imposible que escapa a los relojes, jugando con el miedo hasta exorcizarlo, esta vieja España está cambiando.

Así como sus mitos, que no aguantan la industria del entretenimiento, la especulación de la alegría colectiva. Fantasmas de antiguos toros corren ahora por las calles españolas. Se avecina “la hora de la verdad”. No será esa en la cual el torero se planta delante del toro y el hombre domina con serena elegancia la naturaleza misteriosa y feroz, sino la de una confrontación bien distinta...

